

Por qué los manglares son la mejor infraestructura natural contra el cambio climático

Al evocar a Abu Dabi, la capital de los Emiratos Árabes Unidos, resulta casi imposible vincular los conceptos de "paraje árido" y "selva frondosa". Pese a la sequedad del clima y la escasez de vegetación terrestre, los litorales exhiben impresionantes franjas de manglares de un verde intenso. Entre el flujo y reflujo de las mareas, sus intrincadas raíces se anclan en el lodo, creando un refugio donde los peces se alimentan y desovan, mientras los turistas surcan los canales en kayak.

Para Gabriel Grimsditch, integrante del Departamento de Ecosistemas Marinos y Costeros del PNUMA, estos bosques costeros de Abu Dabi demuestran una realidad fundamental: su verdadero valor no radica únicamente en su belleza visual, sino en la inmensa cantidad de beneficios que brindan a la humanidad, servicios que de otro modo exigirían inversiones millonarias en obras artificiales. El más relevante de todos es su función como escudo litoral.

Estas formaciones vegetales o manglares prosperan en la zona intermareal, ese dinámico límite donde el océano se encuentra con la tierra, representando un hábitat altamente especializado y perfectamente adaptado para sobrevivir en condiciones de alta salinidad.

Grimsditch detalla que las densas y complejas redes de raíces de los manglares actúan como trampas naturales para los sedimentos, lo que permite que la línea costera se eleve progresivamente, contrarrestando así el ascenso de los océanos. En esencia, en lugar de permanecer estáticas mientras las aguas suben, estas barreras vivas elevan activamente su propia base acumulando tierra y materia orgánica de forma continua.

Esta capacidad dinámica marca una diferencia abismal frente a los diques de hormigón convencionales. Los malecones artificiales requieren ingeniería compleja, mantenimiento constante y frecuentes ampliaciones para hacer frente a tormentas más severas y mareas más altas. En contraste, estos escudos botánicos son "defensas vivas" que, siempre que su entorno ecológico sea favorable, pueden expandirse, autorrepararse y mantener su función protectora a medida que crecen.

Datos de un informe del PNUMA del 2023 revelan que estos bosques costeros mitigan el riesgo de inundaciones para más de 15 millones de personas a nivel global cada año, evitando daños materiales por un valor superior a los 6.500 millones de dólares. Además, una evaluación económica en Fiyi demostró que la rentabilidad de usar estas barreras naturales para proteger asentamientos es aproximadamente 3,5 veces superior a la de los rompeolas artificiales.

Si bien estos ecosistemas litorales poseen la capacidad innata de sanar por sí mismos tras sufrir daños, este proceso regenerativo está lejos de ser sencillo o inmediato.

El especialista subraya que, ya sea mediante regeneración natural o replantación asistida, el ritmo de recuperación depende en gran medida de las variables ecológicas locales, abarcando normalmente un lapso de 15 a 30 años. Afortunadamente, no necesitan alcanzar la madurez total para empezar a ser funcionales; incluso en sus etapas juveniles, logran estabilizar las orillas y ofrecen criaderos vitales para la vida marina.

No obstante, los manglares completamente desarrollados ofrecen una gama de servicios ecológicos mucho más amplia y estables. Por lo tanto, desde una perspectiva conservacionista, es infinitamente más crítico priorizar la preservación de las formaciones existentes que permitir su destrucción para luego gastar décadas intentando reconstruirlas.

Grimsditch también destaca una tendencia sumamente alentadora en los esfuerzos globales de conservación. Los recientes datos de monitoreo satelital